

Julián Marías y la libertad

JUAN DEL AGUA *

Al recordar lo más característico y fundamental del pensamiento de Julián Marías, cuya figura y presencia se echan tanto de menos, dos conceptos vienen de inmediato a la mente: el de “verdad” y el de “libertad”, intrínsecamente unidos en su filosofía. En efecto, cualquiera que sea el tema que se considere de su pensamiento —el político, sociológico, moral, antropológico, metafísico—, verdad y libertad aparecen siempre como un ingrediente esencial, un ingrediente “a doble faz” si se me permite la expresión. Voy a ocuparme aquí, principalmente, de un aspecto de su concepto de libertad: el de la “libertad interior”.

La libertad, con la que la persona misma de Julián Marías se sentía tan identificado, tiene en su obra una raíz metafísica, e incluso religiosa, ya que no hay que olvidar la dimensión de “perspectiva cristiana” incluida por él mismo en su filosofía. Si nos atenemos a esta última, la “imagen de Dios” que es el hombre, creado para secundar al Creador en los designios de su Providencia, no puede ser sino libre, aunque no sea más que para aceptar la

ayuda de la gracia, y poder serlo con plenitud. De ahí, que la donación de sí que constituye la caridad sólo pueda ser el acto libérrimo de una persona.

Desde el punto de vista de la antropología metafísica, la libertad aparece como uno de los ingredientes esenciales de la realidad humana. El hombre se constituye como tal en una circunstancia o mundo en el que cada acto ejecutado en él implica la libertad: de movimiento, de elegir entre las diversas posibilidades que se ofrecen en cada momento, de resignarse o no ante una situación inaceptable, de recogerse en sí o “ensimismarse” para reflexionar sobre la realidad circundante, esto es para buscar su verdad, de rectificar una trayectoria iniciada si se perciben elementos erróneos en ella, de cultivar de la manera más eficaz las facultades propiamente humanas del hombre con el fin de llegar a ser dueño de sí mismo y conseguir hacer lo que pretende con la mayor perfección posible, etc. En cada ámbito o plano de la vida humana la libertad no tiene, empero, el mismo “peso específico”, si se me permite la expresión, pero sí la misma importancia. Esta distinción es esencial para entender el sentido “polifónico” de las palabras

* Escritor.

“libertad” y “liberal” en la obra de Julián Marías.

Que Marías fuera un “liberal” en el pleno —y controlable— sentido de la palabra nadie lo puede dudar. Su lucha por la libertad política y social a lo largo de su vida y de las innumerables páginas escritas sobre el tema dan sobrada cuenta de ello. Pero si su pasión liberal es obvia, su “liberalismo” no sólo no se limita al ámbito de la política, de la economía o de lo social, sino que está en intrínseca conexión con los demás planos de la realidad humana, hasta el punto que puede afirmarse que son los más hondos de la realidad humana los que determinan su posición en los, más superficiales, de la política o de la actualidad social. Más superficiales, pero igualmente importantes. Pero hay que evitar confundirlos. Es claro, que, en nuestro tiempo, la “libertad interior” y, por ejemplo, la libertad de votar por alguno de los partidos políticos concurrentes a una elección no poseen la misma realidad ontológica. En el pensamiento de Julián Marías esta solución de continuidad no se da, porque toda acción, para merecer el calificativo de “responsable”, debe ser realizada con conocimiento de causa y ello implica, no sólo la posibilidad social de realizarla, sino muy principalmente la “libertad interior”. El liberalismo político es en Marías consecuencia de su construcción metafísica de la libertad, no una actitud partidista; de ahí que fuera “liberal” siempre, incluso cuando la situación política impedía serlo.

Esta independencia política de Julián Marías no excluía, claro está, como ciudadano, su preferencia por alguno de los partidos en liza, pero en su caso, su elección estaba determinada, además, por un análisis riguroso de la situación no sólo política, sino también histórica de la sociedad española del momento. En la edición de 1998 de *La España real*, recopilación de casi todos sus artículos sobre la vida política —y cultural— española entre 1975 y 1980, y *Entre dos siglos* (2002), el lector podrá comprobarlo con toda clase de detalles.

Pero, además, para Marías la política no consistía sólo en la libre elección de un partido para que fuera despachando los asuntos internos y de política internacional, importantes y menos importantes, durante el periodo fijado por la Constitución, sino que la política era par él el instrumento director y fomentador de la realización del proyecto colectivo que constituye a la nación en cuanto tal; de una manera más concreta, de las “empresas” que es preciso llevar a cabo en cada época o momento para asegurar su supervivencia y su continuación histórica. Todavía no se ha estimado con alguna probidad el papel que, intelectualmente, Marías ha jugado en la “transición democrática”. Ni se repara, pienso, bastante que tras la realización de esta delicada empresa, el siglo XX español ha conseguido cancelar todos sus “desniveles” existentes con Europa, como señaló Marías en su *Ortega I* (1960), cuando la generación del 98 entraba en la arena histórica, a finales del siglo XIX, sobre todo, en las posibilidades que esa cancelación entraña. En efecto, con ella España ha recobrado una libertad frente al mundo exterior como no la había disfrutado desde hace mucho tiempo, a condición de tener en cuenta las condiciones que esas posibilidades nuevas implican. Lo que Marías ha aportado al conocimiento de la historia de España, otorga a su obra un puesto muy singular en la historia intelectual española del siglo XX, ya que junto a dos o tres nombres más, ha llevado filosóficamente a su término la empresa de restauración nacional emprendida, como él mismo señaló, por la generación anterior a la del 98.

También habrá que tener muy presente otro concepto fundamental de Marías, el de “proyecto histórico colectivo”, elemento esencial de la dinámica histórica que constituye a una nación, concepto clave de su teoría empírica de la sociedad, elaborado en su libro *La estructura social*. Marías lo ha aplicado a la historia de España en tres libros bien conocidos: *Ser español*, *España ante la historia y ante sí misma* (1898-1936) y, sobre todo, en *España inteligible*, una de

sus obras por la que sentía particular predilección. En esta última muestra la importancia que a lo largo de la historia de España ha tenido el proyecto explícito de vida en común, y la necesidad de mantenerlo vivo, renovado, para asegurar la cohesión nacional y su continuidad histórica.

Sin la explicitud y la renovación —o vivificación— del proyecto histórico, símbolo unificador de fuerzas y de entusiasmos colectivos, España, pobre en número de hombres y en recursos materiales, no hubiera conseguido afrontar los extraordinarios retos que fueron emergiendo a lo largo de su historia: “reconstrucción”, durante la Reconquista, de la España originaria romano-visigoda, después de la invasión musulmana en 711 y la pérdida de casi todo el territorio peninsular; el descubrimiento, conquista y colonización/ evangelización del continente americano; el esfuerzo —compartido con otros reinos europeos— hecho durante los siglos XVI y XVII por mantener la unidad religiosa del cristianismo en Europa; los realizados durante el siglo XVIII y reemprendidos a partir de la segunda mitad del XIX para mantener su rango en medio de las naciones modernas sin repudiar su identidad originaria; en fin, el logro de la plena “restauración” del país durante el último cuarto del siglo XX. Las realizaciones históricas de España, analizadas tan minuciosamente por Marías, y logradas con tan escasos recursos, muestran que no hubieran sido posibles, no sólo sin entereza de ánimo y dominio de sí, sino también sin haber cultivado la sensibilidad en la poesía y el arte, oscultado las honduras del alma en los libros de pensamiento literario y de espiritualidad, sin la posesión de numerosos saberes fruto de la reflexión más estricta, en una palabra sin todos los ingredientes que entran en la composición de su concepto sobre la libertad integral, cuyo núcleo esencial es la “libertad interior”. Una libertad generosa, respetuosa de la realidad y del otro, que tiene siempre en cuenta el bien común antes que el propio interés.

No en vano la filosofía de Julián Marías es una filosofía de la persona, escrutada y analizada en todas sus dimensiones y, siguiendo la estructura de su realidad, de modo sistemático. Vemos, pues, que la palabra “libertad” tiene sentidos varios, pero complementarios, que todos se unifican en la vida del hombre, y que el elemento principal y de más peso es la “libertad interior”. Deducimos también que ésta implica la “verdad”, se entiende su búsqueda razonada y razonable, sobre la que la libertad se funda. Y que sin verdadera libertad interior, se carece de la capacidad de “tomarse uno la libertad” cuando más peligroso o necesario es su ejercicio, y que, cuando esto ocurre, la imaginación creadora se agosta, el nivel de la humanidad en el hombre retrocede o baja, el peligro de los fenómenos de “rebarbarización” y de decadencia amenazan.

La única manera eficaz de hacer frente a esos peligros es reactivar en cada cual el deseo de cultura, esto es, el deseo y la voluntad de cultivar las cualidades humanas —las morales y las intelectuales—, tanto más necesarias cuanto que los problemas a los que hay que hacer frente parecen acumularse con angustiosa celeridad, como sucede en la hora actual: recalentamiento del planeta, cuya solución exige ciertos cambios en las formas de la vida presente; peligro de “guerra entre las civilizaciones”; riesgos económicos aún no dominados como consecuencia de la “mundialización” de la industria y del comercio; necesidad de evitar el despilfarro de los recursos materiales de la Tierra; reto demográfico en numerosos países europeos; relanzamiento de la construcción de Europa, hoy estancada; aumento inquietante de la violencia y de la corrupción en el mundo, y un largo etc. Es preciso añadir, sin embargo, que si los problemas no faltan, los recursos intelectuales y morales para hacerles frente, tampoco. Hace falta, eso sí, tener la voluntad de usarlos, previa toma de posesión de ellos, no sólo de modo colectivo, sino prioritariamente en la vida de cada cual, personalmente. Sólo así se podrá recuperar la holgura vital, tan

necesaria, para meditar con sosiego sobre la realidad y sus problemas concretos. Sólo así se volverá a poder “transitar” también por todos los órdenes de la realidad, restableciendo así de paso la armonía del cosmos, fruto de la sabiduría, y, ante los retos más formidables, afirmar esperanzadamente con Marías: “Siempre hay alguna libertad: al menos, la que uno se toma”. Ésta, y “por mí que no quede”, fueron las dos divisas que regentaron su vida. La libertad que uno se toma es, precisamente, la que emana de la libertad interior, la que se conquista con duro y permanente esfuerzo; la que nace de la instalación duradera en la verdad, y se convierte así en la fuerza configuradora de la vida personal. La reconquista de la libertad interior, ¿una tarea urgente del siglo XXI? Para ello, el pensamiento de Marías podría revelarse como una “rosa de los vientos” irremplazable.